

proceden de la época romana. Muchas ciudades del interior sobreviven como pálidos reflejos de otros tiempos, con un número muchísimo menor de habitantes y sin que se levanten nuevos centros urbanos.

La pobreza material tiene también su correspondencia con las dificultades políticas y la ineptitud oficial. Además de la pésima representación gubernativa que padece el pueblo español, se denuncia cómo los ministros, en un breve lapso, son reemplazados por centenares sin el menor suceso.

Otro de los factores gravitantes, que muchas veces aparece en la óptica sarmientina como principal responsable del estancamiento español, lo constituye el *clima religioso* como tal, signado por un fuerte fanatismo: «Merced a la censura eclesiástica, a la prohibición de leer, y por tanto, de escribir, la España debe el haberse hecho hasta nuestros días la nación más pobre y atrasada de Europa».²⁰

Por lo contrario, el protestantismo produjo resultados totalmente superiores: «Hijo de la libertad de examen, engendró la educación pública y la discusión; y de estos padres nacieron, más tarde, la libertad política y la democracia moderna, la química y la mecánica, el vapor y las ciencias».²¹

En un país como España, inundado de monjes, donde todo se mensuraba convencionalmente y nada podía estar inmune a la herejía, no existió ningún libro escrito en castellano por el clero peninsular que sirviese para difundir y respaldar la religión ante la mirada del pueblo, que terminó por ser extremadamente blasfemo y el «más pecador e incrédulo» del mundo.²²

El Santo Oficio aparece reiteradamente encarado por Sarmiento como máximo exponente de la intransigencia religiosa y como protagonista oficial del referido estado de cosas —lindante con la barbarie—, pues a «ese tribunal sombrío» le «debe la España todas sus calamidades».²³

Un aspecto concomitante por el cual se habría implantado en esas tierras la Inquisición está dado por el relieve geográfico: «La forma peninsular de la España, los Pirineos del lado del continente, la hacen inaccesible a las ideas, como ciertas materias que son mal conductoras del calor, y retienen largo tiempo el propio. A esta causa accesoria se debió que se estableciese sólidamente la Inquisición, y que durase tres siglos, no obstante haber asumido otras formas la opinión en Europa. La Inquisición fue establecida por los papas en Roma; lo fue en Nápoles, en Bélgica, en Francia misma; pero a causa de la continuidad de los territorios, la opinión pública tenía acceso a todos estos países, y mitigaba el calor de las llamas, o extinguía el fuego de las hogueras».²⁴

La crítica sarmientina a lo español remata en una *caracterología* de orientación pesimista. Al hombre peninsular se le adjudica el hallarse inclinado a la holgazanería y al sensacionalismo, con una inteligencia retrógrada, sin nociones de justicia ni legalidad.

²⁰ Ibid., t. II, Artículos críticos (B. Aires, F. Lajouane, 1885), p. 250.

²¹ Viajes, p. 217.

²² O. Completas, t. 42, Costumbres-Progresos (B. A., I. y L. M. Moreno, 1900), p. 229.

²³ Ibid., t. II, p. 213.

²⁴ Ibid., t. 38, p. 330.

Uno de los rasgos temperamentales que más se sacan a relucir es el relativo a la xenofobia hispánica, a su odio irreflexivo al extranjero y a otras etnias internas que condujo a la expulsión de árabes y judíos, bases de una frustrada prosperidad, por resultar ajenos a la «pura sangre española».²⁵ Posteriormente se escarnecería a todo lo que tuviera un tinte francés o británico.

Ese rechazo por las diferencias cabe verificarlo inclusive entre los distintos tipos regionales de España, quienes consideran a los demás compatriotas «como enemigos de su raza y de sus fueros».²⁶

Más allá de que dichas filiaciones posean soportes bio-anímicos o culturales, que respondan a razones frenológicas o a determinantes históricos, para Sarmiento la personalidad colectiva puede quedar configurada en forma irrevocable.

Las comentadas restricciones culturales, económicas, políticas, religiosas y caracterológicas inciden fundamentalmente para desencadenar una sostenida emigración de españoles durante el siglo XIX. Sarmiento, en 1842, escribía: «La Europa se llenó de españoles que por la primera vez abandonaban su península, asombrados de ver tanta libertad en unas partes, tanta industria en todas, y por dondequiera, adelantos y progresos en las costumbres y en las ideas, que no habían soñado siquiera cuando estaban adormecidos en su propio país».²⁷

Ya al filo de la muerte (1888) nuestro autor también habrá de referirse, con cierta desconfianza, a la gran afluencia de inmigrantes hispanos que pugnaban por incorporarse a la Argentina. A dicha corriente Sarmiento no le asignaba muchas posibilidades de ser asimilada benéficamente, tanto por las limitaciones que veía en esa masa en sí misma como por la falta de perspectivas que podía brindarle el mencionado país sudamericano, por ejemplo, en materia de tierras disponibles para poseer y labrar.

2. *El legado espurio y su superación*

La América española ha recibido un estigma del cual debe apartarse para construir su futuro verdaderamente promisorio. ¿Cuáles fueron entonces las inhibiciones que operaron con tanta magnitud y cómo desembarazarse de ellas?

Los mismos males de la metrópoli se reproducen con creces en sus colonias.

No es que Sarmiento desestime o ponga reparos a la empresa colonial en sí, pues resulta evidente el óptimo concepto que tenía formado de la penetración británica en el norte de América —y, en cierta manera, de la misma expansión estadounidense ulterior—.

Los anglosajones —«más previsores, por instinto de raza»— tuvieron el gran mérito de rechazar cualquier integración con los indígenas y de extender los principios de la

²⁵ *Ibid.*, t. 23, Inmigración y colonización (B. A., I. y L. M. Moreno, 1899), p. 7.

²⁶ *Viajes*, p. 196.

²⁷ *O. Completas*, t. II, p. 79.

Reforma y del gobierno consensual. Las colonias inglesas, al independizarse, encontraron las libertades que buscaban en su propia «sangre».²⁸

Norteamérica, «modelo de la república y la democracia moderna», revigorizará a la industria y levantará Estados que «un siglo después van a poner miedo no sólo a Inglaterra sino al mundo», convirtiéndose en «la nación más poderosa y feliz» de todas y representando «la raza humana llevada a su último grado de vigor y cultura».²⁹

Algo muy distinto aconteció bajo el excluyente dominio español, el cual implicó la instauración de la obediencia pasiva y produjo

[...] un continente desierto aún, pueblos degenerados y un caos en que la raza europea y las clases elevadas han tenido en algunas partes que ceder su puesto a los indígenas o a los negros que trajeron para su servicio. Ni gobierno, ni moral, ni riqueza, ni población, ni industria, ni cultura. Hoy mismo (c. 1852) está casi por todas partes por colonizarse el país. *Fiasco* más completo, descalabro más vergonzoso no experimentó nunca un sistema de ideas.³⁰

La tierra, clave de riqueza y civilización, permaneció durante siglos despoblada y sin cultivar, bajo el ineficaz e injusto sistema de explotación y distribución implicado por la estancia, que perduraría tras la emancipación política de España y también seguiría presente a través de regímenes como el rosista.

La falta de instrucción y el espíritu de rapiña que imbuía a los pobladores españoles hicieron que se otorgara poca importancia a la educación y a la lectura, al punto de generarse disyuntivas imaginarias como éstas: «A un español, en América o en la Península, es preciso abrirle la boca con una cuchara y hacerle tragar un libro que no sea de versos o de pueriles novelas». Y vuelve a surgir la mácula hereditaria: «Las colonias españolas fueron hijas de una soldadesca inmoral, avarienta, sin ninguna capacidad gubernativa, sin ningún hábito de libertad o de acción propia».³¹

Hispanoamérica se ha identificado hasta la saciedad con esa tónica peninsular «cerrada a todos los descubrimientos y aplicaciones de las ciencias». En consecuencia: «Toda tentativa a sacarla de este fangoso camino, fracasa. No tiene libros, no puede tenerlos, y el *lloremos y traduzcamos*, de Larra, todavía no principia en América, porque no principia en España». *Contrario sensu*, «los Estados Unidos tienen dos literaturas, la propia y la inglesa, y traducen lo que el espíritu humano produce».³²

En suma, a los receptados desaciertos de índole política y económica se agregan entonces los problemas culturales, pedagógicos y confesionales:

La España no posee un solo escritor que pueda educarnos [...] Nuestro antiguo sacerdocio jamás se ocupó de radicar la fe por la convicción y el conocimiento de los hechos que tienen relación con la religión [...] Si Dios llamase un día al clero católico exclusivo ¡cuántos cargos tendría que hacerle! ¿Qué habéis hecho, le diría, para la instrucción de este pueblo católico que os he confiado? ¿Por qué lo habéis mantenido en la más profunda ignorancia de las verdades religio-

²⁸ *Ibid.*, t. 27, A. Lincoln, p. 19; t. 51, Papeles del Presidente (B. Aires, Establ. Tipogr. Márquez Zaragoza, 1902), p. 280.

²⁹ *Ibid.*, t. 9, p. 17; t. 16, Estado de las Repúblicas... (B. A., I. y L. M. Moreno, 1897), pp. 38, 19.

³⁰ *Ibid.*, t. 16, p. 19.

³¹ *Ibid.*, t. 29, p. 255; t. 23, p. 10.

³² *Ibid.*, t. 29, p. 257.